

Maria, el Rosario y mi camino Sacerdotal

Desde niño, la Legión de María ha formado parte de mi vida. Crecí rezando el Rosario en casa y junto a personas de fe que me enseñaron, con su propio ejemplo, la belleza y la sencillez de la oración. Al mirar ahora hacia atrás, me doy cuenta de que las semillas de mi vocación sacerdotal fueron siendo alimentadas en aquellos momentos sencillos de oración. Lo que recibí de niño ha continuado acompañándome como sacerdote.

El Rosario ha caminado conmigo a través de muchas etapas de mi vida. Ha habido momentos en los que me he sentido en paz y agradecido, pero también momentos en los que he estado cansado, preocupado, inseguro o cargado con las responsabilidades del ministerio. En esos momentos, muchas veces he vuelto al Rosario. Algunas veces lo he rezado con gran devoción; otras veces, simplemente he sostenido las cuentas en mis manos y he tratado de ponerme en la presencia de Dios. De una u otra manera, María me ha ayudado a permanecer cerca de Jesús.

Para mí, el Rosario no consiste simplemente en repetir oraciones. Se trata de estar con Jesús. Al meditar los misterios, regreso al Evangelio y camino con Él a través de su vida, su sufrimiento, su muerte y su Resurrección. Una y otra vez recuerdo quién es Jesús y quién estoy llamado a ser. El Rosario me devuelve a lo esencial: Cristo debe estar siempre en el centro de mi vida, de mi vocación y de mi sacerdocio.

También he llegado a conocer a María más profundamente como madre. No la considero solamente la Santísima Virgen a quien honro; acudo a ella como un hijo acude a su madre. Le presento mis alegrías, mis preocupaciones, mis debilidades y mis responsabilidades sacerdotales. Le pido que acompañe y proteja mi vocación, no porque ella ocupe el lugar de Jesús, sino porque siempre me conduce más cerca de Él.

María me enseña a confiar en Dios. Me enseña a decir que sí incluso cuando no tengo todas las respuestas. Su vida me recuerda que tener fe no significa tener todo bajo control. Significa confiar en Aquel que nos llama. Necesito esa enseñanza cada día.

Hay momentos en mi sacerdocio en los que sé exactamente lo que debo hacer, y hay otros en los que he tenido que orar, escuchar, esperar y discernir. He vivido momentos de alegría y momentos de decepción, momentos en los que el ministerio ha sido profundamente consolador y otros en los que ha sido difícil. En todo esto, María continúa enseñándome paciencia, humildad, obediencia y perseverancia.

Los misterios del Rosario también me recuerdan la extraordinaria humildad de Dios. En Jesucristo, Dios verdaderamente se hizo hombre. Tomó nuestra carne, entró en nuestra historia humana, nació en una familia, vivió entre su pueblo, experimentó las alegrías y los sufrimientos humanos y, finalmente, se entregó por nuestra salvación.

Como sacerdote, este misterio me conmueve profundamente. El Dios que anuncio se hizo uno de nosotros. No permaneció distante de nuestra humanidad. Entró plenamente en ella. Y cuando contemplo la Pasión, soy llevado al corazón mismo de mi sacerdocio. Jesús es el Sumo Sacerdote perfecto. Él no ofrece el sacrificio de otro; se ofrece a sí mismo. En la Cruz entrega su vida por nosotros y por el perdón de nuestros pecados.

Cada vez que estoy ante el altar para celebrar la Eucaristía, recuerdo que mi sacerdocio no se trata de mí. Pertenece a Cristo. Yo soy simplemente su servidor. El altar me recuerda que el sacerdote está llamado a entregar su vida por amor, como Cristo entregó su vida por su pueblo.

Esta verdad me mantiene humilde. Sé que soy pecador. Sé que he cometido errores. He fallado en algunos momentos, y ha habido ocasiones en las que he tenido que reconocer mis debilidades, aceptar mi responsabilidad, pedir perdón y comenzar de nuevo. No comparto esto para centrarme en mis fracasos, sino porque he aprendido que la misericordia de Dios es más grande que mi debilidad.

Necesito la misericordia de Dios tanto como cualquier persona a la que sirvo. Esta conciencia cambia la manera en que intento ejercer mi ministerio pastoral. Cuando recuerdo cuánta paciencia ha tenido Dios conmigo, estoy llamado a ser más paciente con los demás. Cuando recuerdo cuántas veces Dios me ha perdonado, estoy llamado a ser más misericordioso. Cuando recuerdo cuántas veces Dios me ha levantado después de caer, me resulta más difícil renunciar a una persona que está luchando.

El Rosario me ayuda a recordar todo esto. También me ayuda en mi lucha diaria contra el pecado. No rezo el Rosario porque crea que ya soy la persona que Dios quiere que sea. Lo rezo porque todavía estoy en camino de conversión. Todavía necesito crecer. Todavía necesito examinar mi vida y pedir al Señor que transforme mi corazón.

Los misterios me invitan continuamente a comenzar de nuevo. Y quizás este sea uno de los mayores regalos que el Rosario me ha dado: me ha enseñado que la santidad no consiste en no caer nunca. Consiste en volver continuamente a Cristo, confiar en su misericordia y permitir que su gracia nos transforme.

Mis hermanos y hermanas, por eso quiero invitarlos a redescubrir conmigo el Rosario. Algunos de ustedes lo aprendieron de sus padres o de sus abuelos. Tal vez recuerdan a una madre, un padre, una abuela, un abuelo u otro ser querido que lo rezaba fielmente. Quizás el Rosario fue alguna vez parte habitual de la vida de su familia, pero poco a poco dejó de serlo. Tal vez nunca aprendieron a rezarlo. Y quizás algunos llevan una carga tan pesada que ni siquiera saben qué palabras decir.

Dondequiera que se encuentren en este momento, pueden comenzar de nuevo, o comenzar por primera vez. Tomen las cuentas del Rosario en sus manos. Si no pueden rezar el Rosario completo, recen solamente una decena. Recen con su esposo o esposa, con sus hijos o con un amigo. Recen cuando estén preocupados, cuando alguien que aman esté enfermo, cuando su familia esté atravesando dificultades o simplemente cuando estén agradecidos.

Lleven toda su vida a Jesús: su matrimonio, sus hijos, sus padres, sus alegrías y decepciones, sus temores, su soledad, sus esperanzas y sus heridas. Presenten también a quienes se han alejado de la fe, a los enfermos, a nuestros difuntos, a nuestra parroquia, a nuestra Iglesia y a nuestro mundo. Pongámoslo todo en las manos de María y, por medio de ella, en las manos de Jesús.

Me gustaría mucho que el Rosario volviera a ser una oración que una nuestros hogares y nuestra parroquia. Que los padres enseñen a sus hijos a rezarlo, que los abuelos lo transmitan a sus

nietos y que nuestras familias descubran nuevamente la gracia de orar juntas. Hagamos de nuestra parroquia un lugar donde todos sepan que la oración no está reservada para unos pocos. La oración nos pertenece a todos.

Y especialmente a quienes se sienten alejados de la Iglesia, quiero decirles: hay un lugar para ustedes entre nosotros. No necesitan tener todo resuelto ni ser perfectos. Vengan con sus preguntas, sus luchas y sus esperanzas. Podemos caminar juntos de regreso hacia Cristo.

María no nos guarda para sí. Ella nos conduce a Jesús. Para mí, el Rosario se ha convertido en una escuela de discipulado y en una escuela de sacerdocio. Me enseña a contemplar a Cristo antes de hablar de Cristo, a escuchar antes de hablar, a confiar antes de comprender y a recibir la misericordia de Dios antes de pretender ofrecer misericordia a los demás.

Lo que comenzó en mi infancia se ha convertido en un compañero de mi sacerdocio. Estoy agradecido por cada persona que me enseñó a rezar, por cada familia que rezó el Rosario conmigo y por cada persona fiel cuya sencilla devoción me recordó que la oración no tiene que ser complicada. Es simplemente volver nuestro corazón hacia Dios. Y ahora quiero caminar este camino con ustedes.

Como su pastor, les pido no solamente que recen por mí, sino que recemos juntos. Encomendemos al Señor nuestra parroquia, nuestras familias, nuestras vocaciones, nuestros jóvenes, nuestros ancianos, nuestros enfermos y todos aquellos que están atravesando dificultades.

Oremos por más vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. Oremos por el fortalecimiento de los matrimonios y las familias. Oremos por quienes se han alejado de la fe y por quienes se sienten olvidados o solos. Y oremos para que nuestra parroquia sea cada día más una comunidad centrada en Jesucristo.

Les pido también que recen por mí como su pastor: para que permanezca fiel a Cristo, fiel a la Iglesia y fiel a ustedes, el pueblo que Dios me ha confiado. Recen para que permanezca humilde en mis responsabilidades, paciente cuando sea probado, valiente cuando deba afrontar situaciones difíciles y misericordioso con quienes sufren. Y yo les prometo que continuaré rezando por ustedes.

Cuando tenga el Rosario en mis manos, recordaré a las personas que Dios me ha confiado. Recordaré a sus familias, sus alegrías, sus luchas, sus enfermedades, sus esperanzas y las intenciones que han compartido conmigo. Los pondré delante de Jesús por medio de las manos de su Madre. Sobre todo, recen para que nunca olvide que, antes que nada, soy un hijo: hijo de Dios, hijo de la Iglesia y un hijo que necesita la guía amorosa de su Madre. Por eso, una vez más, me encomiendo, y los encomiendo a todos ustedes, a María, Madre de la Iglesia y Madre de los sacerdotes.

María, mantenme cerca de tu Hijo. Enséñame a orar como tú oraste, a confiar como tú confiaste, a servir como tú serviste y a decir sí a Dios como tú dijiste que sí. Cuando sea débil, fortaléceme. Cuando esté desanimado, ánimame. Cuando me vuelva impaciente, enséñame a tener paciencia. Cuando olvide que soy pecador, llévame nuevamente a la misericordia de tu Hijo. Y cuando mi sacerdocio se haga difícil, recuérdame que no llevo la Cruz solo.

María, Madre de los sacerdotes, ruega por mí. María, Madre de la Iglesia, ruega por nuestra parroquia. Acerca nuestras familias a Jesús. Acerca a nuestros jóvenes a Jesús. Haz regresar a Jesús a quienes se han alejado.

Y condúcenos a todos, como una sola familia parroquial, siempre y fielmente hacia tu Hijo, Jesucristo.

María, Madre del Rosario, ruega por nosotros.

María, Madre de la Iglesia, ruega por nosotros.

María, Madre de los sacerdotes, ruega por mí.

Y condúcenos siempre a Jesús. Amén.

Padre Vilaire Philius

Párroco